

MATÉRICA LUZ

Alfonso Vallejo



Poesía

 Libertarias/Prodhufi

© Alfonso Vallejo
ISBN: 84-7683-274-5
Depósito legal: M-3852-1994

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es
e-mail: comercial@novtiz.es

Matérica Luz

Alfonso Vallejo

Observo el ruido del silencio
en torno mío.
Un insecto verde y rojo
traspasa la retina.
Es alta la mañana.
Volumétrica la luz.

Hoy he pactado de nuevo conmigo
serme hasta en las espinas,
segundo a segundo, más y mas,
vivirme instante a instante,
hasta el límite del raquis y la intuición.
He llegado a sonarme por dentro
como un pandero,
a golpearme,
a gritarme con los labios apretados
para sentirme.

Por eso expongo cutáneamente al sol,
como una ampolla,
cada instante de la vida que me queda,
los reparto sobre la superficie del alma,
los cuento, los numero como si fuera un gozo
matemático
el hecho de estar vivo,
aquí y ahora.

Y es así como voy, sin que nadie lo sepa,
siguiendo las interminables huellas
de bestias incomprensibles

que me circulan por dentro.
Siento en mí la ferocidad de sus pezuñas,
su olor, su rastro ecuatorial.

Y callo.

Silencio voluntariamente el dolor de los fatigosos caminos
que recorren,
su hambre despiadada
e infinita imaginación multicolor.

Soy un hombre civilizado
y aunque voy vestido de azul caníbal
nadie debe notar la rebeldía del ámbar
y la selva en mi vocabulario.

¡Pero es mentira ! ¡Tengo que decirlo !
¡Tiene que quedar claro incluso hasta para aquellos
que me ignoran o desconocen ! ¡Soy selvático !
¡Y estoy vivo ! ¡Y vivo en una jungla mucho más grande
que África y Nueva York ! ¡Tengo de todo,
reptiles, monos y ratones, todos rebeldes
y sin solución ! ¡Lunas desahuciadas y estrellas
caídas que brillan con humano esplendor !
Vivo, sí. Pero no muerto.

Cristalográficamente detenido en el espacio,
inmóvil y consciente,
observo la raya
que me separa de mi.
Veó mi sombra alargarse
como si alguien contara mi presencia
a través de un cuento
en el que yo participo con dificultad.
Me toco la cicatriz de dentro
y compruebo que he nacido,
repaso mi orgánico gozo de carnívoro y soñador
a través de la blanquísima luz
de mi potasio azul.
Sé que existo proteicamente ante mí,
que mi cuerpo suena a la totalidad total
de los muebles antiguos
sin clasificación.
Soy.
Y si en algún momento, dudo,
grito
y en seguida me reconozco en la voz.

Y entonces me lanzo con fruición a pensar.
La sorprendente vitalidad de lo desconocido,
penetrándolo todo como una constitutiva esencia,
me tienta.
Rompo las piedras, abro los libros y dejo caer
las arañas
para ver cómo suenan. Invado a tientas los terrenos
reservados a las fieras,
pregunto a los canales sobre el calcio
y al cerebro sobre sus hiedras.
Es inútil. Se borran las huellas de todas las
alimañas. Y aunque acepto íntegras todas sus incursiones,
aunque cuestiono el vuelo de las águilas
y el sonido de las palmas

aclamando la realidad,
todo permanece sin respuesta.

Cuanto más pregunto, menos comprendo.
Cuanto más estudio, menos sé.

Todo parece alargarse infinitamente, extenderse,
hundirse hasta el infinito
en un abismo infinito sin posible solución humana.
Todo parece obra de una infinita legión
de infinitos dioses
puestos a inventar infinitamente
la eternidad. A veces rezo.
Entonces, sólo entonces, estoy convencido
de que entiendo algo. Aunque no sé muy bien qué.

Me llamo Alfonso Vallejo,
tengo un lápiz
y estoy vivo.

Te hablo desde el Retiro,
seis de marzo,
tres y cinco.

Delante de mí hay un hueco
que seré yo
dentro de poco.
Es mi vida que me sigue
por delante
como un perro,
o también como un vacío
que tuviera que ir llenando
de sentido
con mi vida.

Tengo un lápiz y sé hablar.
Nada más.
Como los mudos.
También una dimensión de tiempo inservible
con un reloj muerto, matado por mí,
y en los bolsillos
cuerda para coser carne,
un trozo de ilusión
con lenguaje de plantas y bichos,
y un código secreto de voces humanas limpias
para calmar el dolor.

No te será difícil dar conmigo.
Entrando a la derecha,

en un banco de madera donde caben otros hombres,
bajo un sombrero,
observando la luz.

Delante de mí hay un hueco
con hojas, ramas y cielo
desde el que se observa casi todo el universo.
Fíjate,
basta cerrar los ojos,
y estirar las piernas,
No cuesta casi nada.

Ven. Acércate. Necesito hablarte.
No te será difícil.
Me llamo Alfonso Vallejo,
tengo un lápiz
y estoy vivo.

Lo grande eres tú,
carne lateral que me acompañas,
ser humano que me escuchas
sin estar.

Lo importante, tú,
presencia ausente, ser presente,
que vas carnalmente a mi lado
con tu carne corpórea e invisible,
gris, azul, latente y fosforada,
sin estar.

Tú me haces ser yo, lateralmente
hacia ti. Siento, respiro, me estremezco,
dependo del oxígeno, grito,
hasta que se me rompe el alma de callar.
Porque dependo de ti.

La sombra de tu realidad viva,
aunque ausente, navegando conmigo
hacia delante
me sigue. Me acompaña.
Me hace vivir.

Lo grande eres definitivamente tú,
que das sentido a lo que soy,
esa especie de cero
buscando sin tregua al uno
para ponerlo a su lado
y juntos valer diez. Escucha
tengo que hablarte. Atiende. Sigue
lateralmente a mi lado, ven
por aquí
hacia delante.

Mordiscos, cerbatanas, almenas, no importa.
Nada. Ni el silencio aguzado
ni las últimas torrenteras negras
que acaban de preparar para sepultamos. No importa.
Ni la baba ni el caótico jeroglífico del universo
frente a nosotros.
Mira: entre infinitas moléculas de carbono
se acaba de producir una explosión que llaman vida.
Es un territorio sin ley al que pertenecemos
humanamente como hombres. Y la luz de la razón
es toda nuestra. Somos nuestros,
al mil por cien, infinitamente nosotros,
y nuestra electricidad es más eléctrica que la
del rayo, por ser humana, nuestro potasio
más cálcico y potásico que el agua del mar.
Sígueme, ven al lado mío, acércate
adverbialmente, hermano, en busca
de la luz y las estrellas más posteriores.
Porque tú eres lo grande y lo importante,
y si me dejas, presencia invisible,
tanto como te necesito,
me voy a quedar solo, en los garfios,
tremendamente solo
sin sentido y sin palabras.

Ayer vi a un hombre sangrando
sangre vírica infectada.
Su sangre daba miedo.
Era una flecha mortal.

Le vi sangrando sin remedio,
infectado sin remedio,
explotando
sin remedio. Muriendo.

Y sin embargo no pasaba nada.
Fuera
el tráfico bastante denso
y la calle soleada.

Un gorrión cantaba.

Pero él mientras
sangraba por una herida de arma blanca.
Como un jerarca sabio dado a las drogas
y a la meditación,
situado en paralelo
fuera del sufrimiento,
él mientras
se miraba la sangre silenciosamente
contando con los labios, uno a uno,
los mortales virus deficientes
que le iban remplazando la vida.

De pronto
un borbotón nos manchó la cara de sangre infectada.

El ni se inmutó.
Se dejó caer sobre la almohada
y miró por la ventana. Ya quieto.

Nosotros
no sabíamos muy bien qué hacer
con las caras pintadas
de sangre mortal.

La luz seguía fuera.
Y el tráfico bastante denso
aquella mañana. Sí.
Las palabras, regular. Ni bien ni mal
aquella mañana.
Poco metafóricas y poéticas. Eso sí.
Palabras a secas. Blancas. Sólo palabras.
En el fondo
en un hospital

nunca pasa nada.
Sólo suceden a veces cosas
ligeramente infectadas.

Llegados a este punto
si me preguntas en seco
directamente a la cara
si creo en Dios,
directamente, sin pensarlo y por sorpresa
te diré que también.

Verás, he llegado hasta aquí
guiado por el extraño peso de la materia
humana,
siguiendo el rojo tacto de interminables fibras clínicas
que siempre conducen a la misma carne dolorida.
Y he visto temblar espejismos,
derrumbarse muros,
saltar miles de células en cientos de pedazos.
Y nacer vida, crecer, de casi nada, casi sola,
en rápida combustión interna.
¿Cómo puedo no creer?
Cuando me he sentido perdido en mitad de la carne
y he preguntado,
las vísceras mismas me han contestado
con el eléctrico ritmo de sus propias oquedades.
¿Cómo puedo no creer?
En la sustancia y en la razón, en la luz
y en el sentido,
en la energía y las membranas. ¿Cómo no?
¿Te has fijado dónde vivo?

Reconozco que la vida, razonada,
se me escapa,
y si es de noche me aterra,
porque las estrellas demuestran
lo insignificante que todo es
dentro de todo.

¿Cómo puedo no creer?
En lo que es, por estar,
y en lo que está por ser.
En los míos y en mí, en ti que me escuchas,
y en el silencio también.
No sé casi no creer.

En Dios también. En un Dios de Urgencias,
hospitalario, blanco y azul.
Porque llegados a este punto
si me lo preguntas en seco
directamente a la cara y por sorpresa, desde aquí
te diré que Dios es más que todo esto
y quizás más, todo lo demás, y más,

también.

Esto es como un castigo,
casi como un destierro,
como un golpe bajo dado sin piedad,
casi como una manta negra por los ojos,
como si te quisieran tapar la respiración de la tráquea
y cubrirte las pupilas con papel.

Es como partirse los labios contra las puertas,
pillarlos con las ventanas
y suspender la luz
justo en el momento de querer hablar.
Colgarte la palabra de ganchos salados
para que se seque,
partirla, trizarla, disecarla,
hacerla fibra de silencio
de tanto ignorarla.

Si hablar es esto,
si escribir es esto y así tiene que ser,
si todo cuelga de tan poco,
sí hay que ponerlo ahí, como te ordenan
los que ordenan,
frente a la misma pregunta,
con la caja torácica así, sin aire
para que no vibre la voz
y se mutile,

entonces
casi mejor pronunciar lateralmente la lengua
y dejar el alma entre las encías, quieta,
mezclada a la saliva.

Y sin embargo no se puede. Hay que seguir.
Se necesita seguir.
Porque, la verdad, si no hubiese gente alrededor
se diría que esto es como hablar
a una pared sin oídos
o a un sordo en coma.

Un hombre clama al cielo
debidamente asentado en el metalúrgico vertido
de su desastre.
Se cuenta por dentro los clavos hincados, uno a uno,
los recortes de hojalata
repartidos en su sangre,
las puntas y alfileres hundidas perpendicularmente
en su biografía.
Se siente el animal más desgraciado de la tierra
y grita con rabia a lo alto,
por si alguien arriba se apiada
de su cuello en hiperextensión.
Las nubes discurren impasibles,
escépticas,
eléctricamente indiferentes al dolor humano.
Como es de noche
la luna circula por el universo
atenta al mundo de los gatos y mochuelos.
La luna no responde. Permanece ausente,
girando sobre las contracciones cardíacas, ajena
a cualquier lamento.
Las estrellas, tan lejanas,
tan ensimismadas y terribles,
no tienen tiempo
para un pobre mortal descendiente de los monos.
No cabe duda. Y además lo sabemos. El mundo
navega como una mota de polvo
en un paisaje de eternidad.

Su grito poco puede
frente a los fantásticos motores del infinito
girando en todas direcciones.
Queda como una insignificante manifestación acústica
de dolor humano. Nada o casi nada.

Sólo dos o tres mosquitos y yo
escuchamos su grito.
Ellos, azules como son cuando quieren serlo,
inhumanos y crueles en cuanto a sangre se refiere,
sonrieron ladinamente, con la sonrisa venenosa
de los mosquitos ante glóbulos rojos inminentes.
Como nadie en el universo le hacía caso,
y le vi tan solo y desamparado
me acerqué y le pregunté:
¿Qué le pasa amigo?
No tengo dinero me dijo. Es horrible.
Sufro mucho.
¿Qué puedo hacer?

Seguir gritando, le dije.
Y si acuden, llámeme.

Son las once y catorce en punto.
Hoy llega la primavera a Madrid.

Un coche amarillo y rojo, de larga sonrisa,
pasa y me habla.
Es uno de esos coches filósofos y amigos
que creen fervientemente en la inteligencia.
Mil novecientos noventa y tres me dice. Despierta.
Sabe que sólo dispongo de un pequeño cartabón
para medir la verdad,
y me ayuda dentro de sus posibilidades.

La luz cruza el cristalino
y estimula la retina, degrada los pigmentos,
formando un potencial
que recorre los axones
hasta hacerse occipital,
me dice con voz de coche.
Ves eléctricamente, sabes que ves
memorialmente, lo recuerdas
atómicamente, con tu vida entera
agarrada a tu cerebro.
Ahí se encuentra tu tiempo,
tu realidad y biografía.
Tú eres quien lo reconoce
porque tú eres tu cerebro.
Estudia Fisiología, Vallejo,
y después de estudiar, piensa.
Adelántate a ti mismo, razona bien
y acierta.
¿No ves que nada descansa?
¿No ves que todo gira y actúa?
¡Muévete !
¡La primavera está aquí ! ¡Salta ! ¡Inventa !
¡Utiliza la cabeza ! ¡Descubre el mundo y la vida !
¡Vamos ! ¡Cuenta ! ¡Escribe, coño !

Son las once y quince en Madrid.
Pasa un coche enloquecido y me habla.
Es amarillo y rojo.
Tengan cuidado con él.

Uno, dos. Hablo con mis zapatos. Soy.
Uno, dos, tres. Retumban las suelas sobre el suelo. Ven.
Vibra la cóclea, suena el tímpano. Oigo la vida. Ven, ven, ven.
Explota el helio en el sol, cruje el cuero, salta el almidón.
Eléctricamente,
como un corte de bisturí, casi perfecto. Soy un ser
vivo
que anda y respira junto a sus zapatos
mientras piensa.
Este parece un mundo hecho para macacos gigantes
de células grandiosas
capaces de comprenderlo todo y darle una significación.

Uno se lamenta en un rincón. Un ratón colateral sonrío.
Otro gime y grita, escribe frases dolientes. Una víbora animal
espía la capa floral hundida en su nebulosa. Concibe el mundo
de forma rectilínea y venenosa.
Otro imagina un reino ficticio de palideces y conchas,
mueve la mano, conversa en sombra, calcula su espesor interno
y sufre, sufre terriblemente como una víscera abierta
expuesta al sol. Sufre como un hombre que sufre terriblemente
sin saber por qué.

Uno, dos, tres. Parto una piedra y la entiendo.
La rompo con el puño. La comprendo. Detecto su líquido conte-
nido
interno, lo descifro, codifico y presiento.
Soy capaz de entender la nuclear contundencia de su gas,
lo huelo, lo degusto con atómica precisión,
y lo destilo letra a letra con pasión de soñador.

La gente me pregunta alarmada, viéndome sangrar silenciosamente.

Me ofrecen martillos. Picos incluso que yo rechazo sistemáticamente.

Me preguntan qué musito, con quién hablo, qué defendiendo; incluso si soy picapedrero frustrado.

Defiendo la inteligencia, sí. Por encima de todo. Nos tiene que sacar de aquí, curarnos los ojos, celularmente las células más infectadas, reparar nuestras máquinas más prodigiosas, salvarnos por fin.

Por eso voy por la calle contando. Uno, dos. Uno, dos, tres.

La voy llamando. Ven, ven, ven, inteligencia, ven.

Pasan coches y autobuses negros. Cruzan extraños roedores y también perros que me huelen. Hasta mi sombra anda escandalizada conmigo, arrastrándose

tras de mí. Ven, ven, ven. En el fondo voy rezando. La gente que me quiere lo sabe

y me dejan hacer, uno, dos, tres.

Saben que voy invocando la alta presencia de la más alta inteligencia y me dejan ir

así, rompiendo piedras por la calle

sin molestarme en mis plegarias.

De pronto lees y no entiendes.
Miras y no ves.
De pronto te sientes muerto
y no comprendes por qué.

Te has levantado sin ira, de espaldas a la pared
como todos los días.
Llevas tus dedos puestos en su sitio
y el mundo parece vertical
con el norte donde siempre,
sujeto por imanes.
Te llamas por tu nombre, como todos los días,
respiras por la misma tráquea
y el hígado permanece a la derecha
como solía.

Pero coges el periódico y no lo entiendes.
Se te escapan las letras, te saltan a los ojos,
huyen por la pared.
Parece que hubieran muerto las palabras de golpe
y el mundo entero estuviera dispuesto en cueros, sin sentido,
ante ti.
Parece que te arrancaran tiras de dentro,
manojos de carne, trozos intactos
de tu lenguaje más íntimo y selecto.
Como si alguien muy perverso, de pronto
te quisiera matar a cachos
simplemente porque sí.

Entonces piensas que se te escapa el alma,
que una fatídica cuenta atrás acaba de empezar
para aniquilarte.
Y crees sentir los mordiscos de un virus maligno y azul
comiéndote el espíritu.

Pero de pronto te mueves, y sigues vivo.
Entras en el baño, sales, saltas, corres, gritas.
Y sigues vivo. Te afeitas, te duchas, te peinas.
Tu vida es función. Energía que se gasta. Acción.
Piensas, amas, recuerdas, estornudas tu tristeza
o te toses por dentro. Más acción.
Eres función. De nuevo acción.

Entonces coges de nuevo el periódico, sujetas las letras
con la vista, pones el sol en su sitio,
y según una extraña línea mediterránea
de claridad y fantasía
que tú mismo te has impuesto

sigues viviendo.

A veces siento necesidad de comprenderlo todo.
Y me nutro exclusivamente de grasa animal roja,
para adentrarme en el mundo de las focas.
Me sumerjo en ese silencio cerebral de los sabios
y carnívoros,
como si fuera a sobrevivir de mis propias secreciones,
repto en la historia, cultivo la adivinación
y ejerzo el diagnóstico más crudo
según la línea de un interno bisturí.

Me creo fiera autónoma, de juicio independiente
y capaz.
Nada resulta extraño al propio pensamiento que me anima
pues sé medir las distancias más imaginarias,
calcular lo inverosímil
y sentir la vertical.

A veces me creo hombre del todo, al mil por cien,
desde la piel al entrecejo, al fondo y por entero, hombre total,
poroso y permeable, casi ilimitado,
pues llevo dentro de mí todas las representaciones del mundo
y sus animales, sus colores,
los cronómetros de todas las galaxias
el peso de todas las estaciones y climas.
Y además, como ser humano, como macaco consciente
y dotado de palabra, también
me considero un romántico empedernido, apto para cualquier
enigma, idealista,
jeroglífico y sentimental. Algo grande, capaz de inteligencia.
Efectivamente, también aventurero
pues sé pensar.

Y entonces nada me detiene. Me pongo a inventar un hombre
nuevo como si me hallara al borde de un siglo nuevo, oscilando
en su navaja

y todo dependiese de mí, de mi razón y fantasía.
Trazo con precisión mis sueños, determino cada articulación
y movimiento, como un estratega superdotado
que tuviera tácticamente al mundo en su mano.

Sé que participo de un milagro muy complejo y elemental
que se llama vida

y sí, sinceramente, entonces

tenga ganas de gritar de alegría.

Sí, efectivamente. Hacía falta descender
y tocar el fuego.
Quemarse.
Bajar.
Tocarlo con las manos y ver la piel arder.
Sí, tal y como suena, hacía falta descender. A la carne.

Porque los volcanes, de eso sí que no había duda,
estaban ahí, ardiendo,
y existían efectivamente porque existía el fuego
y la materia ardía
como las manos que tenían que tocarla
para decidir cuál era
la temperatura de la carne ardiendo.

Alguien debía bajar, alguien sufrir el contacto
de la muerte.
Y dijeron:
Que descienda un vulcanólogo, ya que los volcanes existen
y expulsan fuego. Que arda él en su propia piel,
que baje
y nos cuente después la extensión de sus quemaduras.
Y sí no basta con uno, que bajen dos
para que la superficie lesionada sea más grande
y nos lo cuenten con más lujo de detalles.
Dijeron.

Pero los vulcanólogos salieron corriendo
porque uno que se asomó al cráter
no vio fuego sino virus mortales
comiéndose a los hombres mortalmente,
corriendo mortalmente por el amor y la sangre.
Salieron corriendo porque entraban por las venas
silenciosamente, arrastrándose
como un demonio celular subido al semen.

Huyeron porque era fuego que ardía sin arder,
maldad que mataba sin mal,
como en un cuento de horror
o de bombas retardadas.
Algo incontrolado, diabólico, y venenoso
que nadie, ni militares ni jueces
conocían.

Entonces llamaron a un médico.
A uno cualquiera, sin duda, a un médico experto en volcanes
y virus.
Hacía falta meter la mano en la muerte
aunque ardiera la piel

y ellos la metían. Los clínicos.

Sí, efectivamente. Hacía falta descender
y tocar el fuego.

Cada uno lleva un ruido
tan dentro
metido
que no sabe ni el aire
si tiene
sonido.
Cada uno lo lleva consigo
tan dentro
metido
que no sabe ni el silencio
si tiene
sentido.

Además la luna está vacía, lo sabemos,
y en Marte no brotan los cromosomas.
Nadie vive en Venus
y las estrellas son fuego.
Pero no hay duda: estamos vivos. Aquí y ahora.
Y la vida es milagro. Somos milagro. Y la inteligencia, milagro
que se comprende. Interpretación que se interpreta,
revelación que se siente,
conciencia y significado.
¿Cómo llamar a la inteligencia? ¿Milagro?

¿Y al corazón? ¿También milagro?
¿O dos milagros juntos, uno encima del otro,
al cubo?
Pregunto: ¿es normal poder sentir dentro el mundo entero?
¡Anormal ! ¡Seguro ! ¡Yo digo que es magia borrás !
¡Lo llamo casi epilepsia o catarsis! No sé...

Es como para que se le pongan los pelos de punta.
Poder sentir dentro
las galaxias y las novas,
sufrir por ellas, quererlas incluso, soñarlas

¿es normal, pregunto?
Coger el universo entero y hacer con él una bola,
ponerlo en la palma de la mano y devorarlo
¿a eso cómo se le llama?
¡A eso se le llama la leche !

Por eso me considero romántico y sentimental, sí,
casi lácteo,
y llevo el corazón por banda,
tan alto, tan bajo y tan fuera,
con tanta frecuencia cardíaca y a tanta mecha
que me tapo los ojos, la boca y la lengua,
para que no se escuchen mis gritos de alegría
pues estoy vivo y lo sé.

El ratón ciego muere.
No ve la luna y sucumbe;
como el pato cojo,
devorado por el agua.
Cruje la rama dormida,
cogida de improviso por la plenitud del viento,
salta en pedazos
y su sueño astillado pronto se convierte en nada.
Se quiebran las congojas,
se agotan las barreras
y al menor descuido, el mágico equilibrio
de lo vivo, eléctricamente
cambia de color,
y desaparecen los seres que no soportan su peso.

Sin embargo un gato azul trepa por una pared verde
eléctricamente, como un ser sobrenatural
que fuera siguiendo el rastro
de un rayo inexistente.
Sus uñas clavculares rasgan la oscuridad,
se clavan en el cemento,
perforan de sangre cualquier vertical.
Sus nervios descienden directamente del acero
y sus membranas

genealógicamente de las primeras bacterias del universo.

Un hombre le observa
y comprueba en su reloj la hora del combate
entre la vida y la muerte,
presiente el salto en el vacío, detecta la sangre,
analiza el sonido de los dientes clavándose en la carne.
Después siente el infinito golpeándole,
como un superviviente de una gran cadena de desastres.
Y sin saber por qué
reza.

Uno no habló
porque ya no podía.
Y le llamaron afásico.

Otro tampoco habló
porque no sabía.
Y permaneció en silencio,
hundido en su propia sombra,
con las palabras vacías.

Otro habló, pero mal.
Y nadie le entendía
porque decía cosas con los labios,
moviendo la lengua en seco.
Pero tenía los ojos muertos
y los párpados con grasa,
sin mirada.
Unos le llamaron cínico, otros lerdo,
disfémico los más,
pues había perdido el ritmo de la boca
y los dientes le habían envejecido
de tanto mentir.

Otro más disártrico, a golpes de garganta,
otro afónico, con cáncer en la voz,
otro bitonal, bífido, arañando los sonidos
como un animal herido
anunciando su desaparición
por diagnóstico correcto.

Y por fin uno, detenido ante sí, suspendido en el tiempo, en un solo gesto, sin hablar,
lo dijo todo,
todo de golpe, abiertas las pupilas a la luz,
con la cara iluminada
por el resplandor de la pared.
Lo dijo todo sin decir,
el agua y la distancia, la nieve más helada
en el desierto más incongruente, casi sin arena.
Lo habló todo sin hablarlo, la mar y la tierra,
conjuntamente
como si fueran realidades amigas desde siempre,
casi superponibles de tan ciertas.
Lo mentó todo sin mentarlo,
lo definió sin dar definición de lo concreto,
sólo por el brillo de los ojos.

Y llamaron entonces al neurólogo, como si se tratase
de un cuento cierto y humano
entre tanta desgracia.
Y el neurólogo con sólo mirarle, dijo:
efectivamente,

éste sí; éste
está enamorado.

Me sobran pasos. No hay duda.
Recuerdo mi vida y me veo andando,
desplazando mi tiempo, deambulando,
de un sitio para otro, buscando,
no sé bien qué
por encima de mis pasos.

Mato hormigas, piso aceras y trastiendas,
las calles de lado a lado, los parques, los sitios públicos
y prohibidos,
todo lo voy pisando, sin verlo, buscando
algo que se me escapa
por delante de mis suelas y mi alma.

Sí, me sobran pasos. Observo mis huellas
y comprendo que ando mucho para poco,
corriendo detrás de nada,
siguiendo no sé qué rastro misterioso
que me adelanta.
Sí, demasiado zapato para una vida
que me voy narrando desde dentro,
como una biografía sin acción ni pistas
que soy yo.

Pues para ser lo que soy,
podría serlo simplemente así,
como lo siento, directamente, desde ahora y desde aquí,
sin moverme,
siendo.

Si miro, reconozco a mi visión como mía,
sé que es alquimia de luz y de retina,
y creo en la claridad como espléndida subversión.
Podría cerrar los ojos y vagar de planeta en planeta,
sin andar siquiera, soñando,
reuniendo el universo entero de forma inteligente
en un concepto.

Pero no puedo. Debe ser la velocidad en la sangre, la rabia,
o el sentido canino de perro
el que me hace vagar montado en mis válvulas,
andando de aquí para allá, rebotando, chocando
contra bandas de auténticos billares sangrientos,
detrás de un escozor que me va por delante,
urgiendo,

y me hace gastar pasos y pasos, indefinidamente,
como si fuera millonario pedestre,
o tuviera dos cabezas y tres corazones para gastar,
veinte pies
y mil pares de zapatos viajeros.

De pronto cruje la luz por detrás de una nube,
sale el sol y el campo se ilumina.
Parece de pronto un milagro
contado por múltiples bocas electrónicas
puestas de acuerdo.
De pronto un estallido estelar sin explosión
sabiamente calculado por el universo.
Todo se repite como la primera vez,
sin sorpresa ni quebranto
para la naturaleza entera.
Los pájaros conocen perfectamente el rapidísimo viaje de la luz
a través del tiempo,
y los insectos la velocidad tremenda de la inmóvil clorofila.
Sabén de memoria su alquímica función fotosintética.

El hombre, sin embargo, se detiene y mira.
Hablo de un sujeto normal,
de ese paseante anónimo que observa las nubes como un poeta
o un detective intruso.
Hablo de ese macaco romántico que todo lo cuestiona,
de ese espectador indiscreto que todo lo razona y siente,
como un depredador inteligente.
El hombre observa el lento discurrir del viento,
el color de la tierra encendida, hinchando el espacio,
moviendo los contornos de las plantas,
haciéndolas vibrar.

¡Es curioso: se sorprende !

El hombre se detiene y piensa.

Transforma el campo en memoria, diluye en su cerebro como un mago inspirado y consciente, el azul del cielo, lo incrusta bioquímicamente en sus membranas, lo transforma en concepto.

¡Lo sabe y se sorprende ! Ha convertido el campo en memoria.

¡Y echa a correr !

¡Y se encuentra con uno y le estrecha la mano
y a través de la piel le entrega una montaña retenida
y le lanza a la cara palabras
que llevan espliego, conservadas dentro,
en el fondo de aquel recuerdo solar de campo abierto,
de vida salpicada por mil estaciones
y cien años sedientos !

El hombre se detiene y grita, golpeado por la luz.

Sabe de memoria que mueve sus conductos internos más fantásticos y proteicos,
que le entrega el mundo en forma de signo, que lo vuelve idea,
pasión y significado.

Por eso piensa y después sueña.

Hablo, claro está, de ese sujeto normal! que no ha perdido con tanta dieta y trabajo, el sentido del humor.

Entre tú y yo, lector,
hay un espacio
sin distancia ni volumen,
tan extraño
que basta un potencial
para cruzarlo.

El tiempo ya se ha esfumado. Sí.
Ha dejado paso galantemente a la retina y a las letras.
En estas ocasiones se retira hacia el reloj del cielo
como un caracol.
Estamos tú y yo, lector, frente a frente.
El alma, esa materia eléctrica que somos dentro,
ese ser que es, esa metafísica función
que resume la conciencia,
vibra.

Yo desde aquí, desde estas letras, lo noto.
Te siento ahí, siguiendo uno a uno estos signos
que gatean hacia ti como veloces insectos,
se te cuelan dentro a través de las pupilas,
cruzan la retina, trepan por tus nervios
y te hablan al oído más interno,
de neurona a neurona.

¿Ves? Me imagino ahí, en pleno lóbulo temporal,
sentado en tu área de Heschl, platicando contigo
como dos amigos que comparten alegrías y tristezas
en la barra de un bar.
Se trata sin duda de un lenguaje molecular muy complejo,
electrón a electrón, por sorprendentes circuitos
de altísima velocidad.

Pero los dos sabemos que estamos solos.
Reconocemos nuestra complicidad en el silencio iniciático
de nuestra conversación.
Esto parece casi un enigma o una contraseña.

Al tiempo desde luego lo hemos echado como a un tercero
importuno
que nos resultara desagradable.
¡Fuera el tiempo ! ¡Aquí no pinta nada ! ¡Que se vaya el tiempo !
¡A la mierda ! ¡No nos hace falta !
¡Tenemos mucho de qué hablar !
Del cielo y la tierra, la alegría y la tristeza,
de la vida y la esperanza,
del amor y la pereza.
incluso, llegado el caso
de cómo defraudar a Hacienda.

Antes de las tribus incoherentes,
del lenguaje más certero y racional,
antes de la energía nutricia en todo su esplendor,
antes incluso de la leche y la pasión,
mucho antes.

Casi cuando la vida triunfaba en plenitud,
transitando de célula en célula,
creando todo un universo bioquímico y espacial
de genes y membranas,
mucho antes,
en tiempos de la potencia circular,
cuando estallaba la vida como un milagro.

Antes de volverse infinito el movimiento,
previo a las magnéticas oscilaciones,
incluso al sol,
cuando el vértigo todo lo fermentaba,
y los aspavientos dominaban la misma llamarada
de la más leve inteligencia,
mucho antes.

Sí, precediendo al sueño y a la luz,
antecediendo al hielo, a la presencia del aire,
cuando todo era un vahído
o un torbellino de altísima velocidad,
antes de que los hombres intentaran explicarse el mundo
con los dedos
haciendo extraños grafismos en forma de número,
antes de que fueran descendiendo a la más humana condición
de esencia pensante, mucho antes,
antes de que se sonaran
los huesos contra las piedras
y entornaran las ventanas
para ahuyentar el miedo.

por detrás de los tabiques
y las más estrechas rendijas, hasta la última partícula
de la incoherencia más caótica,
como un conjuro,
como una soga rodeando al mundo,
en forma de garabato eterno
ya estaba todo ahí, dispuesto, siguiendo,

como una interrogación en movimiento,
fulgurante y vertiginosa,
longilínea y eterna
casi... casi antes, mucho antes,
desde siempre,

sin responder,
respondiendo.

Hoy el tiempo sabe a dulce
y brillan las granadas al sol.
Suenan las ventanas,
vuelan los tejados,

me siento capaz de mí.

Voy, vengo, escucho y me detengo,
mediterráneo y lúcido,
con toda agilidad.
Me desplazo en el caos de mi sombra
como en una memoria negra a la punta de la lengua.
Salgo al vidrio alumbrado
y más allá del hueco que ocupo en el espacio,
invento, cruzo planicies, levanto arquitecturas gigantescas,
comprendo por fin
la esencia de mi vida,
mi auténtica realidad.
Estoy aquí. Soy aquí y ahora
esto,
reconociéndose.

Me siento capaz de mí.

Subido al largo recorrido
de mi instante,
al margen de mi garganta,
encaramado a mi grito,
casi en los márgenes de la sangre más interna,
levanto en alto un puñado de mi vida
y celebro con gozo mi interna combustión.

Soy capaz de ruido, sí,
soy capaz de mí. De amar y sentir,
capaz de pensarme
y analizar con mis dedos la forma del dolor humano.

Ofrezco a la vida misma
el esfuerzo celular que me trajo hasta aquí.
Sí.
Y subido al largo recorrido interno
de todos mis temblores,
hoy, abro la ventana y digo:
soy capaz. Me siento vivo.
Hoy el tiempo sabe a dulce
y brillan las granadas al sol.

He aquí, convertida en letra,
la vida que soy.
Es este su volumen humano,
su estrellado perfil molecular,
éste su metafísico peso,
ésta mi respiración.

He aquí la acción de mi vida
haciéndose más que vida,
naciendo.
Esto que ves aquí soy yo,
convertido en hombre vivo,
viviendo.

Los lagartos, el mar vacilante en el recuerdo,
la misma cal o la materia en intersección,
aquí y ahora, son mi vida
en movimiento,
saltando hacia ti desde tan lejos,
desplegando sus calibres y registros veloces,
su orgánica convicción en la carne,
en la luz y en la materia.

Por eso aprieto los papeles contra los huesos
y corro brutalmente en busca de mi conciencia,
allí donde suenan mis sonidos,
donde crecen las mareas que me han de constituir.
Por eso le hablo a las conchas
y retengo en mis manos los erizos
hasta que brota la sangre de cada una de mis letras.
Por eso escribo hacia dentro, hacia lo hondo,
hasta el silencio de mis más ocultas células,
por eso sacudo mis sombras
y tiendo mi pensamiento a las esquinas y al sol

Quiero vivir,
ser mi vida,
hasta el cénit del tiempo inverso.
Subirme al zumbido de mi propia voz
y serme
al mil por cien, al cien mil por cien,
sin fisura ni resquicio,
al galope de estos caballos
que me arrastran sin piedad

detrás de mi propio ser.

Al final sólo queda el instante,
el olor de la vida y su sonido,
haciéndose más vida,
saliéndose de sí,
transcendiendo.

Al final la conciencia de ser,
aquí y ahora,
lo que uno es de verdad, consigo,
dentro.

Una ola gigantesca recorre la imaginación
de parte a parte,
como un estallido de sal
invadiendo la conciencia.

Soy.

Abro la mano, muevo los dedos
y tiembla la sombra en la pared.
Se estremece la cal en mí,
vibra el aire azul, palpita la temperatura.
Parece un cuento inventado por un ser vivo.

De pronto
soy, aquí y ahora,
electrón de todas las fronteras,
Baítus, Kirzo, Kurto y Vallejo,
simultáneamente en este punto radical.
Seis y veinte frente a esta mesa,

mi sentido es ser.

Al final sólo queda la vida,
haciéndose más vida,
transcendiendo.

Con álgido protocolo racional
recorro cuanto me rodea
por dentro y fuera.
Una mano aquí, muy cerca,
que dicen todos ser mía.
Un árbol allí, clavado en el tiempo,
hunde en mí su presencia.

Atado a mi realidad,
sujeto por un espacio oxigenado que compartimos,
el perro sagaz que me persigue,
me recuerda que vivo.
De vez en cuando
contiene la respiración
ante el vacío.
Una ola gigantesca recorre invisible
mi silencio,
cubriéndome de gozosa espuma y sal.
Pienso. Soy. En Perales, aquí y ahora.
Muevo los dedos
y puedo hablar.

Recorro punto a punto el mapa de mi tiempo,
convierto en signos rojos
la vida que vivo, sí, hablo,
de cuclillas y a gritos,
por esquinas y azoteas, llenando mis segundos
con palabras
sacadas a bocados de mis dientes y memoria.
Hablo, sí, de ser siendo,
reconociéndose sido, eléctricamente,
en su neuronas, a través de sus sentidos
y códigos celulares.
Hablo, sí, y suelto al viento las palabras.
Las pego con saliva al papel, a golpes,
con esa mano que dicen que es mía
y transforma el universo que vivo en signo,
significado

y cuestión.

Quisiera decirlo todo de golpe,
como un grito
sacado a martillazos,
con la certeza del dolor
y la seguridad del hierro.

Quisiera decirlo todo de una vez
y para siempre,
en una sola palabra llena,
redonda como un globo inmenso.
Hablarlo todo en un instante,
tan sólo con la mirada,
callándome hacia dentro.

Y si tuviera que hablar por fuerza,
porque me asaltasen las palabras,
me salpicaran la vista
y no pudiera ya soportar su peso,
entonces
quisiera decir todo lo que pienso en un gemido
o en un razonamiento exacto
o simplemente con un gesto.

Hablar de la vida
volviéndose más vida, interpretándose,
transcendiendo,
girándose como un tornillo vivo
más allá del tiempo,

como un milagro repetido segundo a segundo,
en cada célula,

jeroglíficamente en cada protón

y sentimiento.

CUENTO BLANCO

Un rayo de luz iluminó la gota del cristal
como un chasquido.
La maceta permaneció intacta sobre la ventana,
presente y real
como todos los días.
Estábamos allí. No cabía duda.
De blanco. Las paredes eran blancas
y blanco el color.
Yo, detrás de una mesa blanca, escuchaba.
El, pálido, se quejaba de un blanco colmillo
mordiéndole la pierna izquierda.

De pronto un rayo rompió el cielo en dos.
Cayeron tejas al patio
y la tierra tembló.
Después otro rayo blanco
y la antena se partió.
Nadie sabía qué hacíamos allí, atónitos,
colgados del infinito sin saber por qué.
Algunos libros blancos hablaban del tiempo
como de una figuración humana,
y del espacio y la vida como víctimas del azar.
Una blanca incertidumbre llenaba el cuarto
caóticamente
de blanco vacío.

Pero a él le dolía la pierna.
y yo sabía, por sus molestias, qué le sucedía.
Podía imaginarme el disco intervertebral herniado,
comprimiendo la raíz nerviosa,
verlo a través de su abdomen
en todas las proyecciones, con exactitud.
Su mirada sudorosa, la misma que siempre
como tantas otras veces.

Después de la operación, cambio el color.
Todo se volvió verde: las hojas, los libros, los ojos
y hasta la voz.
Gracias, dijo.
No sé si el universo es un caos.
Pero el hombre, no.

Yo permanecí atento a la maceta,
contemplando el aire y la distancia
atónito ante la luz.

Tengo pendiente una idea
con ruido de sol,
y olor a mar.

Yo la tengo que encontrar.
También pendiente una estrella
que no quema
y sólo brilla,
como un pensamiento caliente,
como una intuición azul.

Y la quisiera encontrar.

El sabor de lo bueno y superior,
pendiente,
como una emoción redonda
o una intuición azul
que de pronto me asalta y se esfuma

y que quisiera encontrar.

Los espejos captan radiaciones,
salta la materia en pedazos
por todo el universo,
como un caótico festín sin explicación.
Surge una cebolla partida,
después un lagarto
y un insecto de largo corrido.
Todo se organiza y transforma
con atómica celeridad.

Pero yo tengo pendiente una idea muy blanca
de algo muy cierto que ignoro,
una sensación de enjambre culminante
y momento decisivo y final,
como una centella detrás del firmamento
o casi... casi... una claridad muy clara
que es posible

y yo tengo que encontrar.

Un punto que se desplaza hacia adelante
y me arrastra,
una soga que me tira,
un vacío que me chupa
sin templanza,
una línea virtual
que nunca acaba,
que tira de mí
punto a punto
hacia delante.

Viento solar, germinación de materia oscura,
aire palpable entre dos antenas,
distancia sensible,
espacio libre y luz.
Sentido adelantado de la vida
persiguiéndome delante,
tirando de mí.

Parece una cadena
agarrada a mi cuello,
arrastrando el cráneo hacia delante,
analíticamente,
como una bola encendida
y racional.

Por eso cierro los ojos
y rezo
con la hirviente lógica del desorden
más caótico y extremo,
extiendiendo mi alma palpitante a la noche incierta
y clamo hacia algo que me precede
y existe fuera de mí,

como un punto sin fondo
que me impulsara salvajemente hacia delante
haciéndome vivir.

Hoy he visto morir a un hombre
de golpe,
como un bisturí.

Le he visto morir sin aviso,
como un cuerpo que cae al suelo,
de golpe,
casi en silencio.

Todavía lo noto bajo los dedos,
siento su sangre en la piel,
su tiempo desapareciendo.

Un pájaro se acaba de posar en una rama.
Son las seis menos veinte
y luce el sol en el cielo.
Miro por la ventana
y siento la vida de golpe
como un cuchillo
que cae al suelo,
casi sin ruido.

Me toco la sangre bajo la piel,
noto el sonido
de mi cuerpo caliente.
Detecto sus latidos.

Efectivamente soy. Estoy aquí,
vivo.
Doy fe de mí. Existo.
Todo lo que hay a mi alrededor
está vivo.
Todo es vida y sólo vida,
sentido,
vida que se escapa de sí
volviéndose interpretación.

Acaban de sonar las seis
y sigo vivo.
Pasa un pájaro. Después un avión.
Vuela el tiempo. Se abre una flor.

Hoy he visto morir a un hombre,
de golpe,
como un bisturí.

Esta es la huella que ha dejado
tras de sí.

El cielo callaba y un payaso reía.
Los espacios pesaban infinitamente
sobre la razón.
Se doblaban los juncos
y todo parecía girar vertiginosamente
sin control.
El tiempo, más mudo que nunca, sonaba a precipicio
de fin de siglo, cayendo y rebotando
como una piedra
sin duración.
El azar, disfrazado de insecto, se posó sobre su cara.
Una enigmática maraña de preguntas sin respuesta
nos cubría.

Pero él estaba ahí, frente a mí,
cada molécula de su cuerpo ahí,
funcionando,
cada célula ahí, en su sitio,
con microscópica precisión.
Neurona a neurona, núcleo a núcleo,
siglo tras siglo,
con idéntica polaridad
y misma forma de enfermar.

Por su actitud, marcha y mirada,
sin haber llegado siquiera a hablar,
el clínico sabía el lugar exacto de su dolencia
y su forma de curación.

Se quitó la mosca de la ceja.
Después sonrió.

Todo parecía girar atómicamente
con una coherencia deductiva
más allá de la razón.
Todo parecía ordenado, dispuesto,
casi perfecto,

en acción.

Hace calor y estoy vivo.
Hablo desde aquí
hacia adelante,
como puedo,
con los ojos fijos en la ventana,
y el alma en punta.

Un tiempo impasible y eterno
resbala metafísicamente
milímetro a milímetro
por el cristal.
El aire, agazapado, huele misteriosamente
a enigma y electricidad.
Parece que la materia, de pronto, fuera a pasar a la acción,
revelándose súbitamente
en sus atómicos enlaces
y exquisita ferocidad.

Pero nada sucede.
A mi alrededor sólo el ruido de fabulosas máquinas blancas
detectando el protónico giro del hidrógeno
en el cerebro,
resonando.
Las tricrómicas neuronas muestran científicamente
el exuberante esplendor de la inteligencia.
Vibro de emoción
contemplando los matemáticos escalofríos celulares
y su desbordante sináptica estructura.
Todo sucede vitalmente, sin reparo ni freno, a lo grande,
funcionando a la perfección.
Tiemblo ante tanta fuerza y belleza repetida,
que puedo reconocer ante mí, retinidamente,
en todo su esplendor.

Después un rayo.
Tiempo resbalando en mi conciencia.
Hace calor y estoy vivo.

Vibro de emoción.

Vibración de la tierra,
carretera erguida,
campo al sol.

Torreta al rojo estallada,
brasa angulada,
inspiración.

Luminosa ilusión de luz,
manantial centella,
caliente verdad
y belleza.

Esperanza tendida
como un pandero estrellado
al término del viento.
No sentir la cabeza,
lanzada hacia delante
a toda temperatura,
sin freno,
ladrar, gritar, hablar azul, verde sonoro,
a la ronca y a la marla, como salga, táctilmente,
con la potencia de la carne,
lujuriosamente, como un dardo,
con certeza.

Y después,
más,
partir, lejos, irracionalmente,
a todo motor y a toda vela,
con la precisión de un organismo inteligente,
a tumba abierta,
vivir al mil por mil, gozar vertiginosamente
de la ilusión más cierta, real y contundente,
más y más,
hacia delante,
siempre hacia delante,

¡hasta Cieza !

La materia agazapada
detrás del tiempo,
en la luz de los cometas,
se volvió orgánica un día
convirtiéndose en vida.

Después en inteligencia
y acabó siendo verdad,
una ecuación sin fronteras
que se desplaza y huye,
fluye,
como una ilusión.
Algo que se escapa y mueve,
se transforma y multiplica
sin solución final.
Como un altísimo jeroglífico móvil
de brutal velocidad.

Estoy perdido y me alegre.
Extraigo de la incertidumbre certeza.
Todo lo que toco, se hunde
y precipita
muy lejos,
huye, se escapa, circula
y explota
con la altísima velocidad
de las explosiones muy lentas y seguras.

Estudio con ansia las membranas y estrellas,
retengo números, síntomas, nombres y sistemas,
me agarro a un dato, lo retuerzo y mastico
para sacarle su sentido más camal y proteico,
pero aparecen mil, cien mil, infinitos datos detrás
que vuelan sin control
hacia puntos profundísimos
de inagotable longitud.
Valor calcáreo, sentido, cartílago y esencia,
todo se mezcla en total energía transformada
en evolución.

Un modélico caos
en perpetuo movimiento
donde apareció la vida.
Energía replicada, ribonucleico y razón.
Sentido, inteligencia, humor y emoción.
Repaso cocientes y me detengo. Razono.

Estoy perdido y me alegre.

Qué ilusión.

La humedad del silencio
suena palpitante en ti.

Eres líquida rapidez
y esdrújulo temblor.

Cruzas la sombra
y aparecen cortinas,
vapores minerales,
surcos y viento.

Te siento física y cierta,
geológica,
con todas las temblaciones
de la más ardiente tierra.
Todos tus nervios y tendones
repercuten en mí
como filamentos.

Tu exquisita sangre interior
sigue abierta en mí, tangible y azul,
roja y sonora
como una retina.

Y si te mueves,
gira el tiempo en Madrid
a ras de tierra,

se vuelve bruscamente consciencia de vida,
visión blanca y verde,
metafísica explosión,

como una silenciosa y contundente
victoria de la luz.

A ti

que cambiaste la noche
por la luz del día.

A tí,
orgánico horizonte
de oxígeno y carbono,
enigmático lenguaje
de eléctricas membranas.

A ti
que tornaste mi punto en el espacio
en longitud consciente
y enzimática intuición,

que me hiciste testigo y receptor
de mi propio tiempo y realidad,

apasionadamente,
irracionalmente, con toda la energía
de mi más incontrolada fantasía,
con todos los colores de mis múltiples dedos,
mis sílabas más acústicas, mis mordiscos
más sangrientos,

a ti,
a ti,
solo a ti, madre

vida.

La altísima velocidad,
la absoluta rapidez
sin volumen ni frontera,
la esencial esencia
imparable
y casi perfecta
del ser humano.

Su exacta exactitud
y espléndida imperfección
casi perfecta,
sí,

la grandiosa verdad verdadera

del hombre,
consciente, racional y vivo,
sano y enfermo,
matemático y soñador,
como un milagro celular
casi perfecto.

Eso.

Su entresijo más dulce y cerebral,
tierno y sangrante,
más álgido y emocionante,

la mente,
su dimensión y alcance,
su peso,
su cósmica importancia
e ingravidez,
en definitiva

la profunda profundidad
inalcanzable

del alma humana.

La tierra en espinas,
cargada de dolor.

El aire en espinas,
cargado de muerte.

Y el agua negra,
estancada y dura,
cargada de odio
y malignas alfileres.

La tierra en guerra,
molecularmente enfrentada
en su más intrínseca electricidad.
Los mapas negros,
cargados de muerte
sin significado.

Pero el sol, vivo,
viva la luz del día
en Yugoslavia. Radiante,
brutal y filosófica.

Vivo el hombre, todavía,
de pie,
sujetando su sombra
fuertemente con las uñas

para que no se le muera.

Las naves nocturnas,
el ancla lunar por fin,
roja y cierta,
La presencia suelta,
la incongruencia despierta,
alumbrada y renacida,
como un pan lleno de sol,
como una sal descubierta,

llena de verdad.

La imaginación
lógicamente a la deriva,
por cepillos y leznas,
recorriendo los colores,
perforando mesetas.

El cristal y la cuchara, lanzados,
libres por fin, aéreos,
la polea ajustada
como un tirante a la piel,
matemática,
las meninges incluso,
topográficamente llenas de cerebro
hasta la exasperación,

Y el alma también,
como un pez de signo sagrado...
protegida por los huesos y la sangre,
sabiamente tapiada

por el tiempo.

Cede la luz torrente en el espacio.
Observo una planta erguida
microscópicamente
a través de la persiana
en el jardín.

Es atómico el aire,
nuclear su sentido,
molecular la materia que diviso
a las siete y cinco.

Atómico Perales entero,
su carbono y su materia,
real la realidad de las cosas,
orgánicamente vivo el oxígeno
y la respiración.

Lanzo la imaginación al alto,
me restriego los ojos y vuelo,
atómicamente,
con la brutal energía de la gramática entera,
con sus sinápticas palabras
eléctricamente cosidas a mis células.
Detecto en mí
la polaridad del tiempo,
su continuo presente
y líquida acción.
Desde la sombra del cuarto,
enigmáticamente
ante tanto enigma,
tiemblo de emoción.

Ir a Grazalema,
soñar,
volar.
De un instantáneo tirón,
con sólo cerrar los ojos,
soñar,
volar.

Dejar el troquel y el potro,
las astillas de la carne
y las esquirlas;
soltar las amarras,
abrir las velas al viento
y con sólo cerrar los ojos,

huir,
volar.

Lejos del exacto dolor blanco,
más allá de la estricta y dulce
batalla sangrienta
entre partes vivas y muertas,

en alas de la fantasía,
salir
al amplio espacio abierto y libre
de la luz
y la verdad

y con sólo cerrar los ojos

soñar,
volar.

Me es ajena la luz
y el aire me sorprende.
No entiendo la materia.
Se me escapa la vida.
La ignorancia me sigue
como un eczema a la piel.

Pero alguna vez
de pronto,
sin saber por qué,
siento el universo de golpe,
como una sensación total,
lo comprendo por entero
sin fallo ni fisura,
sin duda,
con la sensibilidad.

Abrete.

Mírame a la cara,
dilo de verdad,
con los labios y los ojos,
rómpete por dentro,
ámame.

A raudales,
con enjambres y cintas,
ventanas y velas,
mírame,
tan sólo un instante,
acércate.

Trae todo lo tuyo,
brizna a brizna
el aliento de tu parque,
sus páginas sueltas,
sus complejas escrituras,
su cutáneo papel.
Acércate.

Mírame a la cara.
Ven.

Un mar inexistente,
azul, violeta y verde,
se extiende mentalmente
detrás de la ventana.

Sus aguas invisibles
suenan sobre el asfalto.
Noto el tacto mineral
de su antiguo frescor,
su ingravidez fugaz,
su líquido recuerdo
disuelto en las neuronas.

Una cantábrica marea crece lentamente en mí,
rompe la visión, derrite los cristales,
hace saltar la ciudad en hipnóticos puntos
sin ritmo ni dirección.
Quiero decir algo
y no sé qué es.
El narcótico palpito
de una playa abandonada,
anclada en la memoria,
detiene el tiempo en mí.

Soy más de lo que soy
y más de lo que pienso.
Un instante vivo
donde rota un tiempo
que a mí sólo pertenece,
biológico e intransferible,
unívoco y personal,
capaz de cambiar calles y ciudades,

recrear la realidad.

Antes que la tierra
quede bloqueada
como un torno
en torno mío.

Antes que el aire
me queme la tráquea
y me selle el alma
como un tapón.

Antes que el fuego
queme los circuitos
de mi cerebro
y evapore el agua
de mis huesos...

¡barcos sonoros, lindes y espejos,
dulce de higos y explosión del más puro azahar,
máquinas de gomas y alfileres
para inventar el viento,
blanquísimas alcobas llenas de palabras ardientes,
lanzadas al galope,
para descubrir el tiempo eterno !

Antes, mucho antes
del matemático silencio,
desplomándose encima
como un hierro trabajado...

¡toda la fantasía en ebullición, suelta,
incoherente y libre
como un planeta de plantas verdes sin dolor,
toda la alta temperatura de la más alta
imaginación,
recorriendo sin fronteras el espacio,
elaborando la vida
sin freno,
como un exquisito fruto sagrado
con el corazón partido,

y al descubierto !

Aquí pasa algo.
No hay duda.
Una infinita vibración
que nada puede expresar.

Algo inaccesible
que escapa a la mente
y al tiempo,
más allá
de cualquier capacidad.

A veces habla la luz
un temblor ultravioleta
que permite comprender
la sombra del higuero.

A veces saltan las hormigas
directamente a los ojos,
se meten por conos y bastones
para explicar la retina
el secreto de la vida,
sí.

Es cierto que recorren los núcleos interiores,
que sacuden el alma
con su extraña presencia,
levantando nucleicas preguntas
sin respuesta.

Pero gira la noche sobre sí,
impasible y eterna,
crece la luna y saltan las estrellas,
arrastrando vendavales de misterios negros
e iluminados,
como hormigas
por las rajadas del cerebro.
Sí, definitivamente,
aquí pasa algo.
Algo muy grande, muy extraño, casi doloroso
de puro evidente
y vivo.

Todo el campo,
si lo pienso,
sucede en mí.

En este instante,
pasado y futuro,
todo lo que ignoro
y nunca comprenderé,
si lo siento,
me sucede a mí.

Los límites infinitos
del infinito universo
los llevo dentro
como un concepto
color carne de cerebro.
La cuerda inglesa,
la miel opaca secándose en el plato,
cristalizada y atemporal,
delante de mí,
la materia sensorial entera
de este cuarto peralino,
todo lo detecto y conservo
fuera de la luz.

Todo lo llevo aquí dentro,
colgado de mi sangre,
como un ordenador prodigioso
incrustado en mí.

Aquí dentro la espesura,
la esfera completa,
utópica y sideral,
el alma entera de las cosas y los hombres
que fueron y serán,
su esperanza y sufrimiento,

toda su dimensión,
aquí dentro,
metida en el cerebro
dentro de mi corazón.

Parece un milagro
convertido en materia
orgánica y consciente,

real.

Con gran precisión, las tuercas,
la baba misma de los insectos
organizada en la piel.
El sol dubitativo a través de la materia,
cristalizado con ferocidad
en el trayecto
de la más hermética madera.
Y yo, con el tiempo a la cintura,
atónito ante un mundo velocísimo
que pasaba por mí,
cruzándome de parte a parte.

Los tallos, las esferas,
la aventura de ser ahí, así,
montado en esta rabia consciente
que transporto dentro
como una pedrada interna.

Recojo uno a uno los zumos del domingo,
colgados de la memoria.
Los extraigo digitalmente de su propia narrativa.
Las ramificaciones mismas de la ventana y el reloj,
el caos mismo, su estricta sensorialidad y color,
todo,
los goznes, los émbolos mantenidos,
la misma emoción del trayecto interior,
todo ahí, inmediato, al alcance
de su propia evidencia.

Y sin embargo,
también ahí, enfrente,
la catástrofe viva convertida en ser humano,
con la bocamanga negra, llena de ruidos y escorpiones,
rota la espalda, con sus tuercas sueltas,
como una gran pregunta sin sentido
y sin respuesta.
Las estrellas silenciosas,
colgadas del cielo
callan

y observan.

Cuento la piedra
de las doce y cinco
como me cuento mi vida
latido a latido
hoy, veintiuno de agosto.

A la sombra intuitiva
de un pulso amarillo
como una historia interna
de visceras y sentidos
contada entre susurros.

Verde y malva,
llena de luz,
silenciosa y buena,
como una piedra que escucha
sabiamente
la voz de una conciencia.

Mi alma a trozos
navega
estallada y libre,
imaginariamente
de Brasil a Alejandría.
Direccional, física y exacta
como una ecuación destrozada,
recorre cartesianamente el mundo de las rocas,
observa microscópicamente las tierras más agrías,
como si fueran tejidos inventados
producto de la lujuria más natural.

Y de pronto explota, se sale de sí,
transciende y desborda,
como si el instante estallara
y necesitara tiempo, tiempo inmóvil,
tiempo céler
y espacio dilatado, anárquico y volátil,
para ser.

Como si, imperiosamente,
ante la atenta mirada
de una piedra inteligente y astuta,
necesitase

ser

más.

Una rama se inclinaba
trepidante en el océano memorial.
El agua hipocámpica, las algas inventadas,
la espuma misma, fragmentada y azul,
casi inexistente,
como una eléctrica ensoñación,
todo hablaba y respondía, todo giraba
y sonaba,
todo era
dentro
sintética verdad.

Reconozco en mi existencia, aquí y ahora,
la piel de todos los tigres,
la baba de todas las fieras,
simultáneamente,
en instantáneo raptó.
Late África y la India,
suena Egipto y Estambul.
El alma se me va a la luna
y el hígado a Sebastopol.
Circulo el tiempo y las estrellas,
recorro la historia velozmente,
a toda máquina,
en trazo multiplanar.
Me invento el mundo de golpe,
lo resumo en un gesto,
lo interpreto de un tirón,
con todos mis receptores abiertos
a los astros más enigmáticos
y a la más subliminal radiación.

Gozo brutalmente.
Soy mi existencia viva
y real.

Incomprensiblemente
ante mí, también
agoniza un hombre.
Cancela un umbral sensorial,
después otro,
desciende un nivel en la conciencia,
se apaga lentamente
como una rotación luminosa
pigmentaria y genial.

Se abre una puerta. Después un reloj
para dejar paso a una balsámica muerte
silenciosa y puntual.
Y una larga ecuación sin principio ni fin
recorre uno por uno los átomos y las valencias
de golpe, casi por sorpresa, como un secreto
sin explicación.

Antes de la máxima ceguera
y del tiempo atemporal,
antes de la absoluta negrura
y la total oscuridad
sin rastro de energía.

Antes del caos más inmóvil,
de la más elemental rotura física,
antes del núcleo más hermético y vacío,
cuando todo era infinito movimiento
y quietud.

Antes del recuerdo y la intuición,
de las redes corticales,
antes de la luz devastada y sin sombra,

algo distinto,
de otra dimensión,
inalcanzable, superior y eterno,
ajeno a la razón y al miedo,
mucho antes.

Antes de todo
y también después,
siempre,
mucho antes.

Una fuga, una certera invasión
de roja rebeldía
y bajo vientre;
por fin
a nivel de los ojos
otra interpretación total,
de pronto más significados rotos,
formando un entramado indescifrable
en el fondo de la imaginación.

Y de nuevo,
nada concreto, nada real,
todo flotando sin plástico ni corteza,
con las compuertas abiertas
a su propia interpretación interior,
hermética y celular
como una intuición incontrolable.

De nuevo las válvulas desatadas,
el escalofrío mismo de la vivisección
en carne propia.
De nuevo la garra deductiva, la imantación
y el desasosiego
ante un mundo que cambia matemáticamente
de sentido.
La parte aireal, picuda y cerrada,
el atisbo inteligente, la premonición,
por fin el desorden suelto,
por fin encontrado
en su férrea incoherencia natural.

Un árbol aquí, allí una estrella junto a un libro cerrado.
Intrépidos cauces perceptivos, rocas, sensaciones y magnolias,
raíces desatadas
que se alimentan de mí.

Una fuga y una inspiración de nuevo,
otro sentido de pronto,
otro camino y un nuevo cambio de luz.

Por fin.

Una urgencia de animales furiosos
cubriendo el campo
con su galope.
Los goznes sueltos, el agua encrespada,
las esquiras, las olas en acción,
todo giraba sin freno a su alrededor.

Pistones, poleas y arena,
material de avance inteligente
para una interpretación.
Ella se abanicaba lentamente
sentada en su terraza,
contemplando la ciudad cumplir milimétricamente
con su espiral.
Nadie comprendería nunca el anárquico cauce
de aquella realidad,
el enjambre de su corazón,
la lumbrera rota y reinventada en el recuerdo,
el material mismo de su vida,
sintéticamente enterrado en su biografía.

Su sueño retenido
con sus lentes polares
diametralmente opuestas
como antenas frente a frente.
Su instinto, sus áreas inventadas
en Trota y Lyla
por efecto de la altísima velocidad,
su sombra propia, incrustada en el tiempo,
su ser entero
situado ahí, misteriosamente oculto
bajo la piel.

Después sonrió. De pronto
lo había comprendido todo. Su vida
por entero. En un instante.
Como una revelación.

Como subir por rendijas,
crecer por tiempo inclinado,
por una pared tendida,
como un número al revés.

Las palabras, como bolas, duras, ácidas
y el acceso a la luz,
sesgado y pétreo,
a borbotones,
con trozos de mí
dispersos
por toda la geometría.

Como una gran montaña
que se vuelca,
como una astilla
o como una máscara bien ajustada,
como fuego
o piedras lanzadas a las zonas más frágiles
y sensibles.

Pero vivir
también es pulpa visual y tierna,
adelantamiento de estrellas,
intriga dispuesta,
aventura de la mente
y esencia del ser siendo,
integrando los fragmentos y las venas
en conciencia esperanzada

y orgánica vida.

La perplejidad gaseosa, las fantásticas crepitaciones
de la orgánica materia
produciendo vida,
las teclas a fondo,
con toda su potencia neuronal a tope
volviendo la realidad
materia sensible y luminosa
como un gigantesco ordenador inteligente,
móvil,
lanzando al galope.

Las glándulas, los hornos, las fraguas,
el fuego incluso y los grilletes,
la libertad misma,
la perfecta mecánica del bisturí
dirimiendo la eterna contienda
entre el veneno y la vida.

Todo era un derroche de energía, sí.
Sólo la energía siempre,
siempre la energía
convirtiéndose en tiempo,
formando espacio, explotando, saliéndose de sí,
desbordando el mundo
físico
matemáticamente.

Todo un impulso avanzando, ritmo adelante,
detrás de leyes fugitivas,
que circulaban infinitas con altísima velocidad.

Y esta propulsión, este afán, esta locura humana
por llenar el espacio de signos
y significados,
esta repetición de esfuerzos incompletos
creaba heridas frente a frente,

cortes sin sentido,
desordenadamente
en las vísceras más huecas y
solitarias.

Pero esa piedra, sola e inconsciente,
sin opinión, quieta y petrificada,
indiferente y ajena, ahí, químicamente sangrante,
porque el hombre la pensaba
era piedra universal, por fin.

Observo el cielo en silencio.
Un vacío acelerado
me chupa y atrae.
Canta un ruiseñor.

Un desconocimiento extenso,
en continuo movimiento,
va creciendo en el espacio
como un territorio infinitamente abierto
en infinita acción.

Por fin el laberinto
delante,
y el enigma detrás,
rotacional, angular, lineal y total,
la ignorancia plena, casi irreal
de puro perfecta.

Suena una rama.
Carne de castaño autóctono
y jugo de arpón y miel.
Se me ocurren palabras confusas
para expresar lo que siento.
La parte cendal, urta, incomprensible,
cosas así.
Pero sé que es inútil.

Brillan las estrellas
explotan los espacios,
gira el tiempo
y canta un ruiseñor.
Sólo sé que es así.

y sólo así.

Ha explotado la noche en mil estrellas
y una acumulación de yunques
ocupa el cielo.
La llama accidental ha quebrado el hierro
dulcemente,
sin esfuerzo,
y de nuevo
he comprendido
que no comprendo.

El marco jirtico, valencial, rapidísimo,
y hermético
el lenguaje críptico,
el ruido de las cosas
el sonido interno, endofásico, picudo
como una
emanación de gas
se ha impuesto.

Y de nuevo he comprendido
que casi comprendo.
Una dispersión ahí, esdrújula, gruca, parta, lina,
como vírica mutación,
lo inmenso inmenso, ahí,
rodeando todo, esperando
el acoso de la inteligencia,
el espacio inexistente, por ser infinito,
el tiempo infinito, sólo duración,
la infinita energía
en perpetua transformación
es tal lando,
cuerdas que dan a cuerdas, mecanismos
transmisores, valénticos,
radicales, electromagnéticos,
imprevisibles,
de exquisita precisión.
Que el cerebro,
raíz adelantada,
casi milagrosa
es capaz de compender.

Hoy cruje la noche
y suena el frío,
hoy atraviesa la mente
la tierra entera.

Hoy me llano Baltanás
y tengo fiebre,
hoy adivino la luz
antes del hielo.

Diagnosticó el aire y la luna enferma,
con los ojos cerrados, sin verlos, imaginariamente,
antes del espacio y el tiempo,
aquí dentro,
de un tirón.

Hoy por fin he comprendido
que comprendo. Soy y siento. Presiento.
Me han nacido los riñones
de nuevo
y he vuelto a digerirme por dentro,
como si hubiera nacido bruscamente
a la más alta temperatura de la razón.

He pensado todo, de golpe, instantáneamente,
hojalatas y cristales,
piedras, reglas y cuchillos también,
sintéticamente,
sin esfuerzo,
como si pensara el mundo entero de golpe,
adelantándome a él,
en un raptó de lucidez, casi
como una iluminación.

Y también he abierto la ventana, así, coloquialmente,
como quien cuenta una pena al campo
o transmite a la tarde una gran idea,
naturalmente, de par en par, exponiéndola
a la sal y al agua de un invisible mar
que a lo lejos,
me aguarda.

Sí, hoy he nacido al verde
y después al azul primero,
y a los átomos más sonoros,
a su perfecto desorden
y caótica inteligencia.
Hoy me llamo Baltanás, y vengo de lejos,
de un país mentalmente cierto
con oxígeno y vida iluminada,
escrita con trozos de mi carne,
mi esperanza y mi verdad.

El blanco combate
de la vida y la muerte,
la blanca batalla
del azar y la suerte,
la sangrienta disciplina
de la ciencia y el dolor,

no tiene expresión.

Un espino seco
escondido mentalmente
en un punto sin concierto.
Un tuétano paralizado,
sin hueso,
una alcayata vacía,
colgada de un blanco techo
soportando la luz y el sol.

No lo sé. Desconozco cómo se traduce en signos comprensibles
y ciertos
la blanca esperanza
de un amanecer certero,
la verdad de los colores
y la implacable emoción

si no es gritando.

Con palabras, no.
Ese plato blanco, crónicamente a diario,
servido a la carta,
sangrando por los bordes
en blancos pasillos cargados de humanidad
sólo se puede expresar

aullando.

O amando, sí,
a cien manos y mil ojos,
a mil corazones blancos
y trescientos temblores secos,
soñando, sí, a toda máquina y sin freno,
con todas las velas blancas desplegadas al viento.

Por eso, prometo limpiarme los zapatos, sí,
comportarme como un hombre de pies redondos
sin cataratas ni celos. Renuncio
a la bilis, incluso
a la vara y al chaleco. Juro no escupir más
en los ceniceros. Si hace falta
abriré una cuenta ciudadana sin agujeros negros.
Pero dejadme gritar. Os lo ruego.
Gritar y soñar. Como me salga.
Aunque sea cerrando los labios
hacia dentro.

Un pájaro raso, de expresión compacta,
cruza la distancia de dos puntos invisibles
clavados al cielo.
Pasa una mujer desnuda por el borde de la playa.
Su carne es violeta
como un azul violento
abandonado a la total fantasía plutónica
del cuerpo.

Quiero hablar y no sé,
pensar y no puedo;
se me doblan los signos
si intento escribir,
me estallan las letras en los dedos.
Me siento informe, desamparado y mudo,
frente a la instantánea perfección
de la naturaleza.

De repente, se me rompen la lengua y los labios,
revientan en mil pedazos sangrientos,
que atacan carnalmente el papel.
Clara d'arquea, balbuceo, casi inconsciente
bajo el impulso dardanal
de tanto glóbulo rojo carnicero.
Balturón ramal, esplendor d'irtea,
no sé ni lo que digo, sujetando las vocales
que me brotan de los destrozos faciales.
Corico malturán, línea concisa,
fantástica luz de la palabra suelta.

Y voy expresando tisularmente
con pedazos propios de mejillas y tendones,
atómicamente,
digitalmente,
cada punto y línea, cada hueco y segundo,

cada impulso y vector,
célula a célula, letra por núcleo, predicado
por mitocondria y citoplasma, cambio a cambio,
delimitando anatómicamente el paisaje.

Por fin sé decirlo todo. A mordiscos.
Como un discurso de fieras.
Desesperadamente, a base de moléculas y trasplantes.
Mientras
desaparece mi cabeza.
Pero sonrío satisfecho
con el trozo de boca que me queda.

Luna agosto,
corazón caliente,
te llevo dentro.

Rítmicas palmeras,
noche nocturna,
marítima mar cantábrica,
acantilados y estrellas,
verde farol.

Te llevo dentro,
como una enorme sensación gozosa,
que me ataca, eléctrica y rabiosa,
como una jauría de gatos velocísimos,
escalándome celularmente,
tomándome al asalto.

Y lo digo como puedo,
acumulando ruidos, con uñas y tendones,
carnalmente, con las patas de animales
que me siguen,
con sus garras y espinas
clavadas en las letras.

Las pinturas caídas, los eslabones sueltos,
el parque lunar,
magnético, medieval y cierto,
la costura interna rota, abriéndose,
dejando salir el alma a pedazos,
todo queda aquí, más allá de la soledad,
como un zumbido memorial
convertido en signo.

Una cadena amarga
sucede a un hueco,

y una espiral a un punto,
después un insecto
recorre el universo
como un látigo invisible
despertando el tiempo.

Después sólo el silencio
moviendo la vida hacia delante
como un recuerdo viejo,
recién inventado.

A veces

con sólo abrir la ventana
comprendo el mundo de golpe,
soy capaz de resumir el universo entero
en una emoción.

Así, de un tirón, a bocajarro,
sin duda ni vacilación,
como un espasmo arterial o un remolino,
en eléctrica sensación,
sintéticamente,
como un escalofrío clarividente,
intuyéndolo por entero.
Desde el craneano rincón donde vivo,
siento la naturaleza entera
abierta ante mí
de par en par.

A veces

con sólo mirar al cielo
entiendo los astros rojos y negros,
el magma primario
brotando del tiempo,
la génesis de la luz incluso
y también la radiación más sonora y maldita.
Así, brutalmente, de repente,
como un calambre de la sensibilidad
adelantándose mentalmente
a la esencia misma de las cosas,
antes de los acontecimientos,
antes de la física
o la interpretación.

Y entonces distingo sin esfuerzo
la irracional razón, la curva del tiempo,
la proeza del ser, siendo, anclado en su conciencia,

con sus piezas mal repartidas
en medio del caos.
Así, radialmente, fuera incluso de mí,
sin esfuerzo,
desde el borde de esa mesa, aquí y ahora,
cartográficamente,
espacialmente,
instantáneamente,
en un rápida, trepidante y apasionada
captación intuitiva.

de la sensibilidad.

Observo ante mí,
detenido en el tiempo,
el matemático instinto de la carne
buscando su definición.
Como en un cuento fantasmal
contemplo un trozo de un hombre
a la luz de un objetivo.
Su tejido parado,
fijo en sí,
atento a su estructura,
parece meditar.

Suena un reloj a lo lejos,
dramáticamente,
como una vida inmensa
que llegara tarde, fuera de plazo,
llena de picaportes y llaves,
de puertas abiertas,
como un gran reto
a la arquitectura del vacío.

Como un cóndor voraz
en medio de una enorme demolición,
como un torbellino, un dardo radical,
o una red magnética de plutónica urdimbre,
la mente se escapa por el cristal.

Todo parece quieto, pero dentro del portal,
giran las proteínas, molecularmente.
La móvil materia se traslada en sí,
gira y explota, sin ruido,
energéticamente,
convertida en tejido.

No hay verdad sin esperanza, me digo.
Ni esperanza sin razón.
La carne no se comprende, me digo.
Se explica pero no se entiende.

Y un laberinto de infinitas trayectorias
en movimiento,
fuera, detrás de la ventana,

asiente matemáticamente
y en silencio
dice sí.

Pesa el universo
infinitamente
sin pesar.
Huye sin huir la materia entera,
la energía velocísima,
la más radical radiación.
Fluye, se escapa, gira sin girar
en perpetua fiebre,
en eterna acción,
como una realidad relámpago
que sólo la mente
consiguiera detener.

Antes de dar cera a las correas
para el largo viaje del torno y el gozo,
la pesadilla y el hierro,
alguien, un hombre racional,
como un pato acuchillado,
se inventa un mundo numéricamente figurado,
digitalmente estructurado,
como un sueño.
Escucha la palabra fin, pero
no se asusta. Después, muerte. Dolor
a continuación. Pero sigue. Calcula
planos. Determina violencias como un científico
inspirado.

Cae una estrella, salta un planeta, crece un virus
hasta límites insospechados,
dejando en las máquinas medidoras
extrañas pistas
de duelo. Y sigue lo que no tiene fondo,
las preguntas laberínticas, los sonidos sin eco,
ecuaciones sin pregunta,
incógnitas desnudas, en cueros, circulando,
percutiendo la carne y los huesos.

Pero de pronto cruje una rama
y se mueve un seto. Suenan unas botas
en el jardín. Aparece un barco en la enramada,
estalla un jazmín.

Y entonces, la luz
y el tiempo, la rotación entera
de un círculo invisible,
la vida entera,
tan incomprensible, incomprensiblemente,
se deja vivir.

Le dijeron que estaba enfermo,
pero él no lo creyó.
Porque todo seguía en su sitio
y cuando volvió a su casa
los higos pendulares colgaban de la sombra
como siempre
y ráfagas de azahar penetraban
por la ventana abierta.
Un ave zancuda transparente
cruzaba de parte a parte
el universo.
Un pájaro de muerte
invisible y gigantesco,
arrasaba los cuerpos,
sin piedad.
Lo sabía. Lo notaba en el temblor cartográfico
de las páginas de historia. Hasta en las noticias.

Además él no sabía bien qué eran los virus.
Así que lo intentó olvidar.

A los pocos días
cuando sintió sus piernas paralizadas,
y tuvo que calcular el espesor de los pasos
que ya nunca daría,
le dio por soñar con hormigas
y contar las olas de un mar inexistente.

La comida se volvió cruda, cruda la sal y el agua,
crudo el cristal y el reloj.
Crudo el aire como una espuela.

Esquirlas de acero y recortes de la más sangrante
hojalata
le herían.

Y se fue quedando con el cuerpo embutido
en su media de pena,
escuchando, casi embelesado, sus células
saltar.

Daba pena ver a un hombre así,
abandonado a su propia destrucción,
indefenso ante tanta saña viral.

Un día se le rompieron las mangas
y, después, el cerebro también se le rompió.

El quedó mirando el campo, observándolo
sabiamente, como un cazador avezado.
El sol le daba en la cara.
Pero ni parpadeó.
El mundo giraba impasible.

Su mujer, ella sí, por fin, lloró.

Palpitan las paredes
y el mundo sabe a poco.
Tiemblan las ramas enteras
y escapa veloz
el último significado posible
de un instante que concluye.
Uno que no comprende nada
explica sabiamente su ignorancia
con rápidos ordenadores,
numéricas citas y ecuaciones.

Después, otra vez más.
Otro alvéolo colmado de insectos,
la laberíntica garganta
gritando desesperadamente su silencio
al borde de un extraño citoplasma
sin expresión.
Todo confluye y diverge. Todo se cruza y salta,
jeroglíficamente,
como una obsesión.

Un parapeto negro, un calamar átono
circulando por una pantalla, la huraña trabazón
de una araña rasgando el espacio.

¿Qué es esto? pregunta un sapo reventado
en una carnicería. ¿Qué sucede aquí?
repite un gusano. Cortezas menores
al borde de un matemático estanque
se transforman en naranjas,
caóticamente,
sin razón.

Pero la vida sigue, gira y fluye,
rueda y permanece. Es.
Esencialmente incomprensible
y sin explicación, persiste y espera
ahí, como una granada abierta, inmensamente
al alcance de la mano,
día a día, casi desde siempre

bañada por el sol.

La urgente dilatación
de un rapidísimo tiempo sin control
hoy suena a matanza.
Alguien muy cerca respira.
Cruje el suelo más allá.

Esquirlas y limaduras
de altísima sensibilidad,
viruta metálica suelta,
narcótico dolor.

Un extraño berbikí
de líquida energía
late en el cuarto. Una zona de penumbra
vibra tajante, como un ofertorio de esperanza
para tanta sombra destruida.

Muy lejos, como un cronómetro certero
de furiosa velocidad,
oxígeno por oxígeno, partícula a partícula,
con todo el metabolismo carnal
al descubierto,
vuelve un recuerdo
a su biografía.

Y más lejos, muchísimo más lejos,
un desorden exacto, una irracional precisión,
como un golpe de furia vertical
se yergue sobre el vacío
y es. Avanza, se duplica, permanece,
grado a grado, milimétricamente,
entre dos ranuras
que separan la vida y la muerte.

Un día te toca la pena
de golpe
y para tí solo,
te toca el premio mayor,
con los números completos.

Te toca la pena entera,
te la regalan toda, en bloque,
para que te hartes
y se te reparta por la cara y el cuerpo.
Entonces, la pena es tuya, para siempre,
literalmente,
como una sombra a tu alrededor.
Se te pone encima,
y te abrasa,
y de pronto tu vida de artrópodo,
tu mente crustácea
se carga de pena tremenda y densa
como un dedo muy negro
que alguien te hubiera plantado
encima de la cabeza,
apuntándote.

Y el pan se te pone triste,
y penosa la sombra que siempre te acompaña
y te coge por los cartílagos,
se te mete por el pecho, desesperadamente,
por dentro, como grasa en los septos del corazón,
como dolor bajo los ojos
o simplemente tristeza a secas.
Parece entonces que toda la energía del aire
se ha concentrado en ti,
eléctrica y mala,
subcutánea y gris.

Y las calles giran circularmente
rodeando la ciudad con coches redondos,
cargados de tristeza,
tejados de ninguna parte, sin destino,
camino de nada, máquinas sólidas y pesadas,
deshabitadas.

El día que te toca la pena
y te toca de verdad
ese día,
te sientes morir.

A veces
la verdad engaña.
La verdad más indudable,
miente.

A veces la verdad explica,
pero no se entiende.
Las ecuaciones lo dicen todo,
pero nadie las comprende.

Un cielo esmerilado,
color nácar y aspirina,
protege la verdad más exacta,
como un cinturón sin grietas,
matemáticamente,
con seguridad perfecta.

Pero no interesa
demasiado.

Y sin embargo la verdad pequeña,
la verdad sencilla,
con mezcla de acierto y duda,
que te cabe entre las manos
y te tiembla entre los dedos,
la verdad accesible y palpitante,
hecha de recortes e intentos,
cosida con desamparo y defectos,
caliente y humana
como un error monumental,
ésa

convence.

Sin esperanza
la vida no es posible,
y la verdad es falsa.

Sin esperanza
la velocidad detenida,
la quietud paralizada
del punto cero,
no se hubiera convertido
en tiempo,
y después en acción molecular,
territorio y energía.

Sí, antes del hielo,
del silencio absoluto
antes incluso del movimiento primero,
detrás del recorrido inicial
y la más elemental explosión,
potencialmente
estaba la esperanza.
En forma de acción futura,
ritmo giratorio y eterno,
atómica transformación.

Sin esperanza
las grutas y las cavernas,
el desorden y el caos, la luz misma
de este trayecto angulado donde circula
mi vida,
no podrían comprenderse.

Sin esperanza, todo es mudo, silencioso
negro.
Sin esperanza
no hay vida.

Bombillas y cables partidos,
circuitos perdidos,
bosques rotos sin madera ni sol,
espléndidas plantas cardinales
sin sujeción.

La mente por fin, libre y vertical,
puede imaginar todo.
El mundo es tuyo
porque lo haces tú, segundo a segundo,
como tú te lo inventas,
desde tu interior.
Todo existe desde ti,
para ti y en ti, aquí y ahora,
como el filo de una espada a punto de caer.

Rótulos rojos, pasadizos secretos,
codos solapados, siluetas de recuerdos
colgando de un andén,
puedes definirlo todo, llenar el espacio de signos
propios
de singular interpretación.
Eres tú
hasta el fondo de ti mismo,
independiente y libre,
con tu columna vertebral intacta,
y tu enjambre sensorial privado.
Aquí están tus armas celulares, tus bestias feroces,
ésta es tu materia intrínseca y éste el espacio que ocupas
en tí.

Sigue.
Después del último escalón,
de nuevo el primero. Siempre otra vez.

Después una cuesta sin fondo
y una puerta.
Adelante.
Persiste desde ahora.
Sé tú. Siempre. Permanece siendo

incluso después de ser.

Ramo de espuma, catarata mía,
radical subyacente
expansión del alma incoherente,
en busca de verdad.

Y siempre al final de todas las esferas,
viento rojo y polvo negro,
desorganizado
olor de estera y linterna azul.

Por fin la libertad,
Europa entera inventada, espléndida y vibrante,
lanzada al vacío del propio cerebro,
Asia en colores, rapidísima, la eléctrica memoria
ahí,
estallando en los árboles.

Alcayatas a la entrada, sí,
antenas descriptivas,
hacia delante, siguiendo su propia caída,
su curso, arrastrándose, impeliéndose, vertiginosamente
en su propia acción,
por delante de sí mismas.
Gorran, porran, ruma, lora, tota,
sólo me contestó la pura matemática, las fibras
anatómicas
martirizadas y el desorden, el caos, el torbellino
de la más exacta confusión.

Un relámpago, cotidiano,
un fuego y un dolor esperanzado dentro,
como un tirabuzón,
que tira hacia delante, día a día, más y más,

desde un rincón beneficioso
donde corre el aire con fuerza, gira la vida
y sopla la luz.

Son las doce
y un lagarto piensa
frente a mí.

El aire,
con su estricta musculatura sangrienta,
dispuesta a saltar,
observa.

La paja sin embargo,
como un espléndido dios amarillo
llenando el espacio,
espera.

El trote furioso de largas líneas
sin solución,
la distancia blanca y luminosa,
las tuercas invisibles
sujetando con puntos velocísimos
la absoluta verdad,
en acción,
transportan el alma a un inmenso territorio sin nombre,
sin límites ni definición.

La tierra entera, enrollada sobre sí,
impúdicamente,
contempla la infinita gama
de infinitos movimientos
en eterna transformación.
El tiempo vuela y escapa,
crece y se libera,
volviéndose sutil energía,
como en una ficción.

De pronto,
cruje una rama,
rueda una piedra,
late un balcón.

Y el silencio entero
vibra y estalla
como un filosófico lagarto pensativo,
silenciosamente a las doce

a mi alrededor.

Hoy habla el papel
en blanco
blancas palabras
que suenan a ti.
Detecto tu sombra.
Te huelo en silencio.
Puedo tocarte, lector.
Sé que estás ahí.
Noto tus yemas en mí.

Hoy circula el tiempo por mis venas
brutalmente hacia delante,
como un pigmento rojo, parecido a la sangre,
fuera de la historia,
ajeno a mi biografía.
Siento mis células gatearme por dentro,
como hormigas velocísimas,
disecando los planos del ser.
Escucho mis núcleos,
sonando por dentro,
el tableteo de sus dientes en la carne,
su acción microscópica, su espuma y furor.

Hoy puedo captarlo todo, en bloque,
de golpe y sin dificultad,
Hoy creo en mi sombra,
comprendo mis espinas,
soy mi propia realidad.

Ven, lector. Agárrate al papel y vuela,
sal,
despega,
cierra los ojos y ven.
A la máxima vertical,
a la esperanza plena,
polarizada y violeta.

A la gran fantasía, a la gran fiesta
de los campos magnéticos e imaginarios,
a la vida misma,
a su tacto,

a su eléctrica evidencia
y matérica luz.

FIN